

LOS DUELOS DE DIEGO GARCÍA DE PAREDES: MOTIVOS, RITUALES Y PRÁCTICA DE ARMAS EN EL COMBATE PERSONAL CUERPO A CUERPO A FINES DE LA EDAD MEDIA

Prisco HERNÁNDEZ RÍOS¹

*«Que a un francés y a dos hermanos
maté en campo heroicamente.
A éste di con una porra,
que le hundí todo el almete»
—Lope de Vega—²*

RESUMEN

El presente ensayo ofrece un análisis del fenómeno del duelo partiendo del texto de la *Breve suma de la vida y hechos de Diego García de Paredes* y otras crónicas de la época. El estudio se basa en una lectura cuidadosa de las fuentes primarias que enmarca las narrativas dentro del contexto histórico-social que existía hacia fines de la Edad Media, especialmente a la luz de las ideas caballerescas sobre el sentido del honor personal y colectivo y la necesidad de satisfacción cuando este honor se sentía violado. El ensayo ofrece un comentario sobre las diversas circunstancias que llevan al duelo y sobre los diversos tipos de duelo; este podía ser formal o informal, a caballo o a pie, personal o colectivo, con armadura o sin ella. Como el título lo indica, se exploran las posibles motivaciones que pudo haber tenido Paredes tanto para escribir su opúsculo de intención autobiográfica y didáctica como para participar en sus duelos y justificarlos. Se subrayan también los rituales que enmarcan el duelo y la práctica de armas en el combate personal de la

¹ Profesor Asociado de Estudios Graduados. Colegio de Comando y Estado Mayor, Ejército de EE.UU. Teniente coronel, Reserva del Ejército de EE.UU.

² LOPE de VEGA, Félix: *La contienda de García de Paredes y el Capitán Juan de Urbina* editada en SÁNCHEZ JIMÉNEZ, Antonio: *El Sansón de Extremadura: Diego García de Paredes en la literatura española del siglo XVI*. Juan de la Cuesta, Newark, EE.UU., 2006, p. 318.

época. Se apunta también cómo las fuentes iluminan en forma indirecta la compleja relación personal entre Paredes –el soldado por excelencia– y El Gran Capitán –el capitán general por excelencia de su época–.

PALABRAS CLAVE: Diego García de Paredes, duelo, hombre de armas, combate de los once, Gran Capitán.

ABSTRACT

The present essay offers an analysis of the phenomenon of the duel taking as point of departure the text of the *Brief Summary of the Life and Deeds of Diego García de Paredes* and other chronicles of the period. The study is based on a careful reading of the primary sources that frames the narratives within the socio-historical context that existed towards the end of the Middle Ages, especially in light of the chivalric ideas on the sense of personal and collective honor and the need for satisfaction when this honor was deemed violated. The essay comments on the diverse circumstances that may have led to a duel and on the various types of duel that existed. These could be formal or informal, on horseback or on foot, man against man or collective, with armor or without it. As the title indicates, the essay explores the various motivations that might have led Paredes to write his short autobiographic and didactic work as well as those that led him to participate in and justify his duels. Also highlighted are the rituals surrounding the duel and the use of weapons in personal combat in this period. The essay also addresses how the sources shine an indirect light on the complex relationship between Paredes –the soldier *par excellence*– and the Great Captain –the captain general *par excellence* of their times–.

KEY WORDS: Diego García de Paredes, duel, man-at-arms, combat of the eleven, Great Captain.

* * * * *

De todos los valientes y esforzados capitanes españoles que militaron en las guerras de Italia y Navarra Diego García de Paredes es considerado el ejemplo cumbre del guerrero natural. Tanto la tradición como los escritos referentes a Paredes subrayan su enorme fortaleza física y su indiscutible valor. También las fuentes describen un temperamento irascible que muchas veces lo empuja a la acción violenta y al derramamiento de

sangre³. Aclamado por la tradición como «El Sansón de Extremadura» sus hazañas de valor y fuerza rayan en lo inverosímil⁴.

Este soldado por excelencia ha legado a la posteridad un pequeño y muy incompleto opúsculo autobiográfico en el que pretende recoger algunas de sus gestas más memorables⁵. La primera edición conocida de esta obra salió a la luz en Sevilla en la imprenta de Andrea Pescioni en 1580 bajo el título de *Breve suma de la vida y hechos de Diego García de Paredes, la cual él mismo escribió y la dejó firmada de su nombre, como al fin de ella parece*⁶. La obrita de Paredes fue publicada como un apéndice a la *Crónica del Gran Capitán*, y así aparece en las ediciones siguientes⁷. En cuanto al propósito de la obra, Paredes nos dice: «Dejo esta memoria a Sancho de Paredes, mi hijo, para que en las cosas que se ofrecieren en defensa de su persona y honra, haga lo que debe como caballero, poniendo a Dios siempre delante de sus ojos y procurando tener razón para que le ayude.»⁸. Si el propósito del autor es didáctico y moralizante es interesante notar que gran parte de la pequeña obra trata de los duelos en los que Paredes tomó parte. De hecho, aunque Paredes omite aquí algunas de sus más famosas hazañas de guerra, describe en cierto detalle muchos de sus duelos⁹. Esto parece indicar que Paredes consideraba el duelo como una actividad muy significativa en su vida; actividad que le permitía al practicante hacer alarde de todas las virtudes caballerescas y que, si se llevaba a cabo con valor y honra, sería motivo de orgullo para un hidalgo y sus descendientes. No vamos aquí a tratar de los problemas de la autoría y transmisión del texto ya que hay buenos trabajos sobre estos te-

³ «...tachaba a Diego García de Paredes un humor malancónico [sic] que le tomaba muchas veces y venía a salir de sí. Y tenía el dicho García de Paredes por costumbre dar de puñadas a los que estaban más cerca, así como hacen los furiosos cuando echan piedras a la multitud de la gente.» *Crónica Manuscrita del Gran Capitán* en RODRÍGUEZ VILLA, Antonio, editor: *Crónicas del Gran Capitán*. Bailly-Ballière, Madrid, 1908, p. 123.

⁴ Para un estudio del impacto de la vida y hazañas de Diego García de Paredes en la literatura y cultura españolas vea SÁNCHEZ JIMÉNEZ, Antonio: *El Sansón de Extremadura: Diego García de Paredes en la literatura española del siglo XVI*. Juan de la Cuesta, Newark, EE.UU., 2006.

⁵ Antonio Rodríguez Villa editó el texto íntegro de la *Breve suma de la vida y hechos de Diego García de Paredes*. Vea RODRÍGUEZ VILLA, editor: *op. cit.*, pp. 255-59.

⁶ SÁNCHEZ JIMÉNEZ: *op. cit.*, p. 33.

⁷ Se conocen ediciones de 1582, 1584 y 1586. La primera por Pescioni; las otras impresas por Hernán Ramírez en Alcalá de Henares. La edición de 1584 está disponible en facsímil. EXTRA-MUROS EDICIÓN: *Crónica del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Cordova y Aguilar en la qual se contienen las dos conquistas del Reyno de Nápoles*

⁸ GARCÍA de PAREDES, Diego: *Breve suma de la vida y hechos de Diego García de Paredes la cual él mismo escribió y la dejó firmada de su nombre como al fin de ella aparece*, en RODRÍGUEZ VILLA, editor: *op. cit.*, p. 259.

⁹ Por ejemplo, Paredes no menciona en su obra ni sus hazañas en Cefalonia, ni las escaramuzas de Nápoles, ni lo que es más, su heroica defensa del puente del río Garellano contra innumerables franceses.

mas¹⁰. En cambio, nuestro propósito es el de leer el texto de Paredes y otras fuentes complementarias para descubrir lo que nos dice sobre Paredes como duelista y sobre la práctica del duelo en su contexto histórico-social.

Los Duelos de Diego García de Paredes			
Tipo de Duelo	Antagonistas	Armas y Circunstancias	Causa
1. Informal	Uno vs. Cuatro	Espadas a caballo	Disputa
2. Informal	Dos Grupos	Barra, espadas y otras armas a pie	Punto de Honor
3. Informal	Uno vs. Uno	Probablemente espadas	Punto de Honor
4. Formal	Uno vs. Uno	Espadas sin armadura escudo	Punto de Honor
5. Formal	Once por Bando	Hombres de Armas a caballo	Honor Colectivo
6. Formal	Uno vs. Uno	Hombres de Armas a pie	Deseo de Venganza

El duelo en esta época se puede clasificar en dos tipos principales. Los duelos del primer tipo se pueden concebir como una forma espontánea, casi «natural», de resolver disputas jurídicas o de honor entre iguales. El segundo tipo de duelo servía como un foro legal para decidir disputas tanto personales como por así decirlo, nacionales¹¹. Así, el primer tipo de duelo es aquel que surge espontáneamente entre soldados, valentones, hombres de armas, o hidalgos, todos los cuales estaban dispuestos a lavar cualquier deshonra real o imaginada con sangre. Este tipo de duelo podría ocurrir a raíz de un cruce de palabras, un encuentro callejero con alguien con quien se estaba enemistado, o hasta una mirada fea. Situaciones comunes que provocaban este tipo de duelo eran las disputas que ocurrían en los juegos de apuestas como los dados, naipes y otras competencias de destreza y fuerza, como veremos más adelante. También los celos, reales o imaginados, por los favores de una dama o el honor de un nombre o familia eran causa común del duelo. Especialmente entre soldados y capitanes, las acusaciones de cobardía o traición eran cosa muy seria y claro motivo de duelo. Es interesante notar que a veces los amigos o compañeros de las partes agraviadas se unían

¹⁰ Vea por ejemplo SÁNCHEZ JIMÉNEZ: *op. cit.*. Este libro incluye una muy buena bibliografía.

¹¹ Se entiende aquí la palabra «nacionales» en su sentido más amplio. Como sabemos, el concepto de nación-estado no se había formulado todavía en su significado moderno. Pero ya los cronistas hablan de «españoles», «italianos», y «franceses» aunque como grupos lingüísticos y culturales más que políticos. Nota del autor.

espontáneamente a la lucha y como resultado a veces lo que empezaba como un duelo entre dos terminaba en una verdadera batalla callejera. A esta distancia en el tiempo, la motivación para estos encuentros puede a menudo parecernos trivial y hasta ridícula –ciertamente no merecedora de vertimientos de sangre y mucho menos de muertes–. Pero en el contexto histórico, estos mismos motivos no serían tan triviales para las partes involucradas –por lo menos en muchos de los casos–.

Los duelos del segundo tipo ocurrían como resultado de un desafío formal. Se diferenciaban de los duelos espontáneos en que se planeaban cuidadosamente y luego se ejecutaban siguiendo las pautas establecidas y bajo la autoridad de un juez o jueces de campo. Estos duelos podían surgir de rencillas personales, pero también podían surgir de disputas entre grupos, ejércitos, o hasta países. Si se trataba de una rencilla personal que no resultaba en un duelo espontáneo, los oponentes podrían escoger la fecha, el lugar del encuentro, y las armas que habían de utilizarse. Las reglas para este tipo de duelo podían variar pero se basaban en costumbres y normas como las que se recogen en libros sobre la caballería. Un buen ejemplo de un combate formal colectivo es el duelo que ocurrió entre un grupo de caballeros franceses y los hombres del Gran Capitán. Como veremos más adelante, Diego García de Paredes participó en este duelo que fue muy famoso en su época. Estos son pues los principales tipos de duelo que existían a fines del siglo XV y principios del XVI. Veamos pues que nos dice el texto de Paredes sobre el duelo.

En defensa propia

En el año de mil y quinientos y siete hube una diferencia con Ruy Sánchez de Vargas sobre un caballo de Coraxo, nuestro sobrino, que yo le tomé para venir en Italia. Vino tras mí el Ruy Sánchez con tres de caballo y dímonos tantas de cuchilladas, hasta que cayó Ruy Sánchez, é luego sus escuderos me acometieron de tal manera, que me vi en grande aprieto, pero al fin los descalabré a todos y fui mi camino¹².

Así comienza la obra de Diego García de Paredes. El duelista por excelencia empieza su historia sin muchos preliminares, *in media res*, con la descripción de un duelo que surge por una diferencia de opinión entre el

¹² GARCÍA de PAREDES: *Breve suma*, en RODRÍGUEZ VILLA, editor: *op. cit.*, p. 255. Es necesario señalar que el año no pudo haber sido el 1507 porque todo lo que sigue sucedió mucho antes. Es muy probable que la fecha indicada sería el 1497 o incluso el 1496. Vea SÁNCHEZ JIMÉNEZ, *op. cit.*, p. 48.

protagonista y un tal Ruy Sánchez de Vargas. No sabemos nada de los pormenores de esta disputa pero nos da la impresión de que en ese momento de su vida García de Paredes era un hidalgo pobre sin hacienda ni empleo provechoso ya que no tiene ni siquiera un caballo apropiado para viajar a Italia y tiene que recurrir al de su sobrino. Por alguna razón desconocida Ruy Sánchez de Vargas no estuvo de acuerdo con eso y fue tras de Paredes para presumiblemente reclamar el caballo, a la fuerza si fuere necesario.

Al encontrarse con Paredes salen a relucir los aceros. Se trata pues de un duelo espontáneo que se lleva a cabo a caballo; y suponemos que con las armas que comúnmente llevaban los hidalgos, las espadas. Según lo cuenta Paredes parece ser que Ruy Sánchez y él pelearon uno contra el otro —hombre a hombre— sin intervención de los escuderos de Sánchez. Nos dice: «... dímonos tantas de cuchilladas, hasta que cayó Ruy Sánchez». Una vez Sánchez cae vencido, sus hombres atacan a Paredes: «é luego sus escuderos me acometieron de tal manera, que me vi en grande aprieto». A pesar de su fuerza y destreza el mismo Paredes admite que se vio «en grande aprieto» en una lucha contra tres; pero luego nos dice que al fin y al cabo «los descalabré a todos y fui mi camino».

Este duelo es pues de carácter espontáneo y surge de una disputa que podríamos llamar de orden legal: un desacuerdo sobre el derecho de Paredes de reclamar el caballo de su sobrino. Es un duelo y no una mera pelea callejera porque según parece tanto Paredes como su contrincante pertenecían a la clase de los hidalgos. Sabemos que Paredes se consideraba un hidalgo y vemos que Ruy Sánchez de Vargas tenía sus propios «escuderos». Es por eso que al principio se respetaron las reglas informales del duelo; esto es Paredes y Sánchez se batieron ellos solos, hombre a hombre. Solo después de la derrota de Sánchez sus escuderos decidieron vengar a su señor y cayeron todos a una sobre Paredes.

Trifulca callejera

Al llegar a Italia Diego García de Paredes se alista como alabardero en la guardia personal del papa. Era entonces papa el valenciano Rodrigo Borja —el muy discutido Alejandro VI—. El papa Borja naturalmente necesitaba gente de confianza para su guardia personal. En un ambiente donde «don dinero» era realmente «poderoso caballero» y cambiar de bando era tan común como cambiar de ropa, el papa prefería a sus coterráneos españoles, especialmente los que se ufanaban de hidalgos, para puestos de confianza. Así pues, García de Paredes militó en la guardia papal junto a su hermano,

Álvaro de Paredes, y a sus compañeros de armas Juan de Urbina, Juan de Vargas, Pizarro, Zamudio, y Villalba¹³. Sucedió que estando un día Paredes y sus compañeros jugando a tirar la barra:

Llegaron algunos caballeros a tirar y entre ellos había uno que se tenía por gran tirador y éste dijo a mi hermano si sabía quién tirase cien escudos, que él se los tiraría. Mi hermano dijo que sí, y éste se desnudó en calzas y en camisa y puso los cien ducados y demandó del tirador que había de tirar y tomó la barra. Yo, no teniendo los dineros, le dije si quería tirar por gentileza; y éste, enojado de mí, dijo que me fuese a tirar con otros como yo, que no era su honra tirar conmigo. Yo le dije que mentía, y sus compañeros y criados echaron mano a las espadas y yo a la barra que él había dejado, y con ella nos defendimos a su daño, que matamos a cinco de ellos y más de diez heridos. Por donde se revolió la Corte de tal suerte, que mandó el Papa que prendiesen a los romanos por el poco respeto que tuvieron y nosotros fuimos dados por libres¹⁴.

Una vez más se trata de un duelo informal pero esta vez la cosa termina en una verdadera batalla callejera entre dos bandos. La causa es aquí el orgullo caballeresco de Paredes quien no podía soportar ningún insulto a su honra personal. Cuando los italianos echan mano a sus espadas, Paredes agarra la pesada barra de tirar y la usa como porra mientras que sus compañeros alabarderos toman sus armas y se unen a la lucha. Los españoles resultan vencedores matando a cinco e hiriendo a más de diez italianos. Naturalmente este desorden causó revuelo en la corte papal pero el papa defendió a sus alabarderos y fueron puestos en libertad dándose por justificada su acción colectiva.

Cuestión de honor

En otras ocasiones, Paredes recurrió al duelo porque se sintió insultado en su honor como soldado y como hidalgo. Así nos dice que luego de haber luchado en una batalla al servicio del papa:

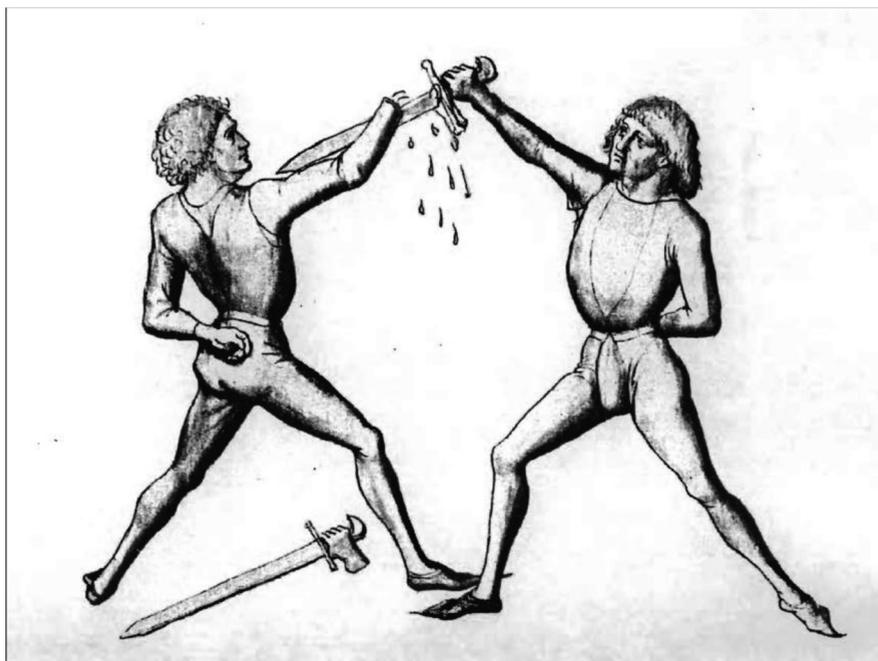
... porque peleando con ellos dije: «España, España» fui reprendido del capitán César Romano, diciendo que yo era traidor. Yo le dije que mentía, y fue necesario combatir y Dios me dio victoria y le corté la

¹³ GARCÍA de PAREDES: *Breve suma*, en RODRÍGUEZ VILLA, editor: *op. cit.*, p. 255.

¹⁴ *Ibidem*, p. 255.

cabeza, no queriendo entendelle que se rendía. Sabido por el Papa mandóme quitar la compañía porque me prendiesen, y así se hizo y fui preso en la tienda del General»¹⁵.

Este duelo es un ejemplo de un combate hasta sus últimas consecuencias; a muerte, *à outrance* como lo llaman los fueros caballerescos franceses. Se trata aquí de una reacción inmediata a un insulto mortal. El Capitán Romano tildaba a Paredes de traidor, palabra intolerable para un hidalgo cuyo sentido de probidad personal dependía de un claro sentido del honor. Lo que es más, César Romano no quería admitir que uno de sus soldados—Paredes— luchara en nombre de su verdadera patria. Paredes en cambio consideraba que aunque peleara y arriesgara su vida por otras causas y bajo otras banderas tenía todo el derecho de usar el nombre de España como grito de guerra. Las palabras claves de este intercambio son *traidor*, de parte del Capitán Romano, y *mentía* de parte de García de Paredes. Ser traidor es carecer de honor, faltar a la palabra dada, ser un felón; mentir, es igualmente



Combate con espadas sin armadura ni escudo. El combatiente a la izquierda da una cuchillada hacia abajo pero el de la derecha interpone su espada y le corta la mano. RECTOR, Mark, editor y traductor: *Medieval Combat: A Fifteenth-Century Manual of Swordfighting and Close-Quarter Combat* by Hans Talhoffer, New York, Barnes and Noble, 2000, p. 228.

¹⁵ *Ibidem*, p. 256.

una ofensa imperdonable contra el código del honor caballeresco. Así pues, la situación es intolerable; si uno de estos dos caballeros está en su completa razón, el otro, por necesidad lógica, miente. De manera que esta situación irreconciliable obliga al duelo. De aquí también la necesidad terrible de terminar el duelo con la muerte de uno de los combatientes. La indignación de Diego García de Paredes ante el insulto y la furia nacida del combate no admiten misericordia. Así pues el mismo Paredes nos dice que: «le corté la cabeza, *no queriendo entendelle que se rendía*», esto es, no aceptando su rendición.

He aquí otro duelo a causa de un «punto de honor». Esta vez la causa no es una simple percepción de un insulto como en el caso del juego de la barra. Se trata aquí de un insulto real a la fidelidad de un capitán como Paredes y a su independencia personal. Desde el punto de vista de Paredes siempre y cuando él cumpla cabalmente con su deber para con quien emplea sus servicios, él se reservará el derecho de usar su grito de guerra preferido, en este caso, «¡España!». Una vez más, el duelo se lleva a cabo entre «iguales» y se desarrolla de una manera informal. Ambos contendientes son capitanes de tropas y parece ser que el duelo comenzó espontáneamente a raíz del insulto de César Romano sin preparativos oficiales. Es quizás por esto que esta vez el papa decide quitarle el mando a Paredes y aprehenderlo bajo arresto. Desde su punto de vista no puede permitir que la disciplina militar se disuelva cuando los compañeros de armas se matan unos a otros sobre «puntos de honor» personales. Tampoco puede favorecer a Paredes simplemente por ser español ya que la mayoría de sus tropas son italianos.

El lector preocupado por la suerte de Paredes se alegrará en saber que su prisión no duró mucho. Se escapó de la tienda en donde había sido puesto bajo guardia, matando al guardia y a un capitán que pretendía detenerlo. Inmediatamente huyó y se pasó al otro campo. El Duque de Urbino agradecido y convencido de la maestría táctica de Paredes le ofreció inmediatamente la capitania de una compañía de arcabuceros¹⁶. Este cambio de bando era cosa común en la Italia de la época y a los ojos de Paredes estaría completamente justificado ya que él no estaba combatiendo por su propia patria sino que estaba «soldado», es decir, a sueldo del papa. Siempre y cuando su patrono respetara su honra y su contrato él rendiría buenos servicios, pero el insulto de Romano y la orden de aprehensión eran a sus ojos razones más que justificadas para abandonar el contrato.

¹⁶ *Ibidem*, p. 256.

Diferencia de opinión

Luego de un combate fiero del cual Diego de Paredes a duras penas escapó con vida cuando sus dos compañías de escopeteros y una de caballos fueron emboscados por más de dos mil enemigos, fue tildado por uno de sus compañeros oficiales de carecer de juicio táctico —de «locura»— como lo dice el propio Paredes.

El Coronel Palomino se dejó decir que había ganado poca honra y con los enemigos, pues perdí mi gente, que era más locura que valentía lo que yo hacía. Yo lo supe y le envié un cartel en que le decía que yo había hecho más en aquel día que él en toda su vida; él respondió secamente, por do convino combatir. Fue mi padrino Juan de Gomado, maestre de campo; fue suyo Perucho de Garro; fueron señores del campo el Próspero y el Gran Capitán, combatímonos con espadas solas en calzas y en camisa. Dióme una cuchillada en el brazo izquierdo desde el codo hasta la uña del dedo; dile yo otra que le corté el brazo y la guarnición y la mano. Arremetió a tomar la espada con la izquierda y dile otra cuchillada en el muslo que dí con él en el suelo, y teniéndole para cortar la cabeza, llegó el Gran Capitán, pidiómelo por hombre muerto y dísele¹⁷.

Parece ser que esta acusación no la hizo el Coronel Palomino frente a Paredes sino que fue un comentario entre compañeros, un rumor malicioso, que corrió por el campamento entre los capitanes y oficiales; pues como dice Paredes: «El Coronel Palomino se dejó decir que había ganado poca honra y con los enemigos, pues perdí mi gente, que era más locura que valentía lo que yo hacía»¹⁸. Al llegar a oídos de Paredes, este decide enviar un cartel, o sea una misiva formal en la cual no sólo defendía sus acciones de guerra, sino que también proclamaba que él —Paredes— había hecho más con sus armas en un día que Palomino en toda su vida. Según Paredes, Palomino contestó «secamente». No sabemos precisamente, las palabras que se intercambiaron por escrito o verbalmente estos capitanes, lo que sí sabemos es que todo esto terminó en un desafío formal a muerte.

Así vemos como los contendientes escogen sus padrinos: otros caballeros probados que les servirían de ayudantes y observadores del duelo. También se escogen los «señores del campo» en este caso los dos jefes del

¹⁷ *Ibidem*, p. 257.

¹⁸ Esta oración le hará más sentido al lector moderno si se entiende de este modo: «El Coronel Palomino se dejó *oir* decir que había ganado poca honra y con los enemigos, pues perdí mi gente, que era más locura que valentía lo que yo hacía.» Nota del autor.

ejército: el príncipe y capitán-general italiano Próspero Colona y Gonzalo Hernández de Córdoba –El Gran Capitán–. Estos intachables caballeros servirían de jueces de campo salvaguardando la debida solemnidad, imparcialidad, y medida de un «juicio de Dios» caballeresco. De hecho, para la mentalidad caballeresca de la época era el mismo Dios quien decidía la verdad de un asunto de honor cuando ambas partes se sentían injuriadas y no había forma de decidir la verdad o validez del caso fuera de la opinión de los contendientes.

Otros preparativos necesarios incluían decisiones acerca del día y la hora pautados para el combate, las armas de los combatientes, y si la lucha se llevaría a cabo a pie o a caballo. No sabemos los pormenores de la decisión pero según Paredes el duelo se llevó a cabo a pie y los combatientes no utilizaron armadura ni ninguna otra arma defensiva como un escudo o yelmo: «combatímonos con espadas solas en calzas y en camisa»¹⁹. Esto parece indicar que los contrincantes preferían un combate tan rápido como decisivo; rápido porque sin protección los golpes seguramente derramarían sangre, y decisivo porque la carne humana es muy vulnerable al cruel acero.

Nos cuenta Paredes que Palomino le dio una cuchillada, esto es un golpe con el filo cortante de la espada, «en el brazo izquierdo desde el codo hasta la uña del dedo.» Es posible que Paredes hubiera usado el brazo desarmado para protegerse de un golpe que no pudo evitar ya que no contaba con ninguna otra protección. La herida que recibió fue dolorosa pero no grave. Entonces Paredes tomó la ofensiva: «dile yo otra [cuchillada] que le corté el brazo y la guarnición y la mano. Arremetió a tomar la espada con la izquierda y dile otra cuchillada en el muslo que di con él en el suelo...». Con estos golpes de espada Paredes claramente ya había derrotado a su enemigo; le cortó la mano de la espada y lo hirió en el muslo, dos heridas incapacitantes. Sin embargo, no contento con esto, Paredes nos dice que: «teniéndole para cortar la cabeza, llegó el Gran Capitán,» quien «pidíomelo por hombre muerto y dísele». En estos lances de honor Paredes no cejaba hasta dar muerte al enemigo. En este caso el coronel Palomino no sufrió la suerte del capitán Romano solamente gracias a la intervención del Gran Capitán. Como nos dice Paredes el Gran Capitán: «pidíomelo por *hombre muerto* y dísele». En otras palabras Gonzalo Hernández de Córdoba en su capacidad de «señor del campo» usó de su acostumbrada magnanimidad y medida abogando por la vida del coronel Palomino. Puso un alto a la violencia cuando en su opinión ya la lucha estaba decidida y el insulto al honor de Paredes quedaba satisfecho. ¿Por qué llegar al extremo cruel y permitir la muerte de un valiente

¹⁹ *Ibidem*, p. 257.

capitán cristiano? Esta intervención del Gran Capitán es una simple nota al calce a su insigne vida; pero vale mucho para resaltar el carácter noble de su persona.

El «Combate de los Once»

Del duelo formal personal pasamos ahora a ver un ejemplo del duelo formal en grupo. Nos cuenta Paredes que:

Cumplida la tregua hubo concierto entre los dos campos con mandado de los Reyes que combatesen doce por doce; al efecto, de nuestra parte fueron el coronel Villalba, el coronel Andana, el coronel Pizarro, el coronel Santa Cruz, el capitán Juan de Haro, el capitán Juan de Gomado, el capitán Alvarado, dos capitanes de gentes de armas y los demás eran italianos, y yo. Quiso Dios mostrar su justicia²⁰.

Según Paredes, el combate entre una docena de caballeros de cada uno de los ejércitos contrarios se concertó durante una tregua en la guerra entre el Rey de Francia y el de España. Paredes nos dice que Villalba y Pizarro, dos de sus antiguos compañeros de armas desde cuando sirvieron juntos como alabarderos del papa, eran ahora coroneles distinguidos al servicio de España y fueron escogidos para representar a su patria en este duelo de grupo. Del resultado de este lance de armas Paredes sólo nos dice secamente que «Dios quiso mostrar su justicia». Probablemente Diego García de Paredes emite este juicio escueto y sin más detalles porque, como veremos más adelante, el resultado no fue completamente satisfactorio –ni para el propio Paredes, ni para el Gran Capitán, su comandante–. Afortunadamente, la *Crónica del Gran Capitán* provee abundantes detalles sobre el lance dedicando gran parte del capítulo cincuenta y tres a narrar este hecho de armas²¹. También la llamada *Crónica Manuscrita del Gran Capitán* proporciona un relato aún más detallado con importantes e interesantes variantes²². Otras fuentes de información para este duelo son la *Vida del Gran Capitán* escrita por el obispo y humanista italiano Pablo Jovio y la *Crónica de Jean de Auton*²³. Esta última ofrece una versión de los hechos desde el punto de vista francés y nos provee los nombres de los caballeros franceses. El pane-

²⁰ *Crónica del Gran Capitán*, en RODRÍGUEZ VILLA, editor: *op. cit.*, p. 257.

²¹ *Crónica del Gran Capitán*, en RODRÍGUEZ VILLA, editor: *op. cit.*, pp. 120-122.

²² *Crónica Manuscrita*, en RODRÍGUEZ VILLA, editor: *op. cit.*, pp. 120-122.

²³ JACOB, Paul L., editor: *Chroniques de Jean D'Auton*. Paris, Silvestre, 1834.

górico caballeresco llamado *La muy alegre, placentera y recreativa historia, compuesta por el leal servidor, de los hechos, pruebas, triunfos y proezas del buen caballero sin miedo y sin reproche, el gentil Señor de Bayarte*, pretende narrar la vida y hechos del famoso caballero francés Pierre de Terail, Señor de Bayarte –mejor conocido como «el caballero sin miedo y sin reproche»²⁴. Pero este libro es más bien un producto de la fantasía del autor y de su deseo de enaltecer al héroe que un intento de escribir historia verídica²⁵. Sin embargo tanto la *Crónica Manuscrita* como la *Crónica de Jean de Auton* confirman la participación de Bayarte en este combate²⁶.

Nos dice la *Crónica del Gran Capitán* que el combate se efectuó porque: «...hubo entre los franceses quien dijo que los españoles no sabían pelear a caballo, y que todo su hecho era acometer a los enemigos a pie, y que en aquella manera de pelear era buena gente y se sabían bien valer, pero que a caballo ellos [los franceses] les tenían muy gran ventaja...»²⁷. Por otra parte los españoles, quienes «son no poco suntuosos y ambiciosos de la honra...»²⁸ «desafiaron a los franceses; porque a caballo como ellos habían dicho sabían poco, saliesen en campo once caballeros franceses contra otros once caballeros españoles, y que allí se vería el verdadero testimonio de aquello que decían»²⁹. La historia de Jovio nos permite entrever la razón por la cual los caballeros franceses se sentían a la vez superiores a los caballeros españoles y burlados por ellos: «Decían los franceses buscando en balde ocasión de venir con ellos a las manos, que los infantes españoles les parecían muy esforzados, pero no los hombres de a caballo, así como aquellos que burlando y voltejando los caballos tenían temor de las fuertes lanzas de los franceses, y con vergonzosa huída excusaban de encontrarse con ellos». La frustración

²⁴ ROMAN, Joseph, editor: *La très-joyeuse plaisante et récreative histoire composée par le loyal serviteur des faits, testes, triumphes et prouesses de bon chevalier sans paour et sans reproche, gentil Seigneur de Bayart composée par le Loyal Serviteur*. Paris, Société de L'Histoire de France, 1878. Se le atribuye la autoría de esta obra a Jaques de Mailles.

²⁵ «Gracias a la opinión que surge de su búsqueda, nuestro investigador [Camille Monnet] puede afirmar que el relato de Jacques de Mailles, compañero de Bayarte, quien había firmado con el pseudónimo de 'Leal Servidor,' no merece nada del crédito que le han dado imprudentemente hasta ahora los historiadores.» BORNECQUE, Robert: «Bayard: un grand serviteur de la France et de ses rois.» *Bulletin mensuel de l'Académie Delphinale*. Imprimerie du Néron, Grenoble, Francia, 1978, disponible en <http://www.aczivido.net/historia/francia/bornecque.php>. Traducido del francés por el autor.

²⁶ «Los nombres de los combatientes franceses son los siguientes: Monsiur de Rosón, la Ribiera, Pedro de Bayarte, Mondragón, Velabra, Simonete, Ynovate, Torrellas, Nampón y Lisisco; todos capitanes y varones nobles de mucha virtud». *Crónica Manuscrita* en RODRÍGUEZ VILLA, editor: *op. cit.*, p. 121. La crónica nos da aquí diez de los once caballeros franceses; falta uno.

²⁷ *Ibidem*, p. 120.

²⁸ *Ibidem*, p. 120.

²⁹ *Ibidem*, p. 120.

de los caballeros franceses se entiende muy bien cuando recordamos que los caballeros españoles combatían tanto montados «a la jineta», esto es, escaramuzando con jabalinas al estilo morisco, como montados en silla alta de estribos bajos y combatiendo lanza en ristre al estilo del hombre de armas europeo³⁰. Dada la inferioridad numérica de los españoles y la oportunidad que les brindaba el terreno escabroso del sur de Italia, no es de extrañar que prefirieran evitar un encuentro desigual con el cuerpo de caballería pesada francesa y escaramuzaran «a la jineta» en el estilo tan acostumbrado como efectivo de la frontera morisca. Los franceses, quienes no estaban acostumbrados a este tipo de acción bélica, la veían como una táctica cobarde, propia de villanos, e indigna de verdaderos hombres de armas. Es por eso que los españoles, muy conscientes de su honor individual y colectivo, retan a los franceses a un encuentro en campo abierto, a una lucha al estilo de hombre de armas –siempre y cuando el combate se lleve a cabo entre un número igual de combatientes–. Así pues, como cuenta la *Crónica Manuscrita*, los españoles «...los enviaron a desafiar de tantos hombres de armas por un trompeta con su patente»³¹. Y los franceses «...recibieron el desafío con muy alegre gesto y respondieron que les placía lo aceptar...»³². En cambio según Jean de Auton fue el capitán francés François de Urfé quien envió a un trompeta a retar a los españoles³³.

Nos dice la *Crónica del Gran Capitán* que este combate no ocurrió, como cuenta Paredes en su opúsculo, durante una tregua formal establecida por los reyes de ambos países, sino que se pactó una tregua local en las hostilidades precisamente para cumplir los preparativos del combate formal: «...y así *se atreguaron* los unos a los otros hasta tanto que el campo fuese hecho»³⁴. Continúa esta crónica con los preparativos para el duelo:

Finalmente el lugar para el combate se señaló junto a la ciudad de Táranto en una tierra de venecianos, y las armas que habían de llevar eran a guisa de hombres de armas con hachas y espadas y estoques y dagas, y asimismo para seguridad del campo se dieron rehenes de una parte a

³⁰ Así vemos cómo al describir las destrezas caballerescas del Gran Capitán Hernán Pérez de Guzmán escribe: «A cavallo en ambas sillas era muy diestro.» Esto es, Gonzalo Hernández de Córdoba combatía muy bien tanto montado en la silla jineta para escaramuzar al estilo morisco como en la silla alta de estribos bajos con la lanza en ristre al estilo del hombre de armas europeo. PÉREZ DEL PULGAR, Hernán: *Breve Parte de las Hazañas del excelente nombrado Gran Capitán*. en RODRÍGUEZ VILLA, editor: *op. cit.*, p. 586.

³¹ *Crónica Manuscrita*, en RODRÍGUEZ VILLA, editor: *op. cit.*, p. 334.

³² *Ibidem*, p. 334.

³³ JACOB, editor: *op. cit.*, p. 260.

³⁴ *Ibidem*, p. 120. La frase «se atreguaron» significa que los contrarios hicieron una tregua. Nota del autor.

otra, según que se acostumbra hacer en semejantes desafíos. Y después de todo aderezado, allegado el día del combate, que fue a veinte y siete días del mes de Septiembre del sobredicho año de mil y quinientos y tres, los españoles salieron de Barleta, los cuales por entrar en campo tan señalado es justo decir los nombres de los unos y de los otros³⁵.

Esta crónica nos da una fecha seguramente errónea: no se trata del siete de septiembre del 1503 ya que para esta fecha el ejército español ya había entrado en Nápoles. Las circunstancias indican que el duelo debió ocurrir el año anterior, en 1502³⁶. Tampoco parece ser que el combate se libró en las afueras de Táranto. Tanto la *Crónica Manuscrita* como Jean de Auton y Pablo Jovio nos dicen que el encuentro ocurrió cerca de los muros de la villa de Trani. Teniendo en cuenta el hecho de que los españoles mantenían su cuartel general en Barleta y los franceses se acantonaban en las villas cercanas, es mucho más probable que el duelo se haya desarrollado cerca de Trani, a medio camino entre ambos campos.

Es notable la importancia de los preparativos preliminares; se declara una tregua en las hostilidades entre ambos ejércitos, se escoge el lugar y la fecha del desafío, se intercambian rehenes para asegurar el cumplimiento de las reglas, se escogen las armas para el combate, y ambos bandos seleccionan sus campeones. Todo esto se hace «según que se acostumbra hacer en semejantes desafíos», es decir, de acuerdo con las reglas corrientes de la caballería. El campo del duelo se establece «en una tierra de venecianos,» y por lo tanto en terreno neutral ya que la Serenísima Republica no era parte de la contienda en estos momentos. La selección de armamento indica que esta sería una «justa de guerra». No se combatiría con armas embotadas sino «a guisa de hombres de armas con hachas y espadas, y estoques y dagas»³⁷.

Fueron de la parte de España once caballeros, soldados muy escogidos: el primero fue Diego García de Paredes, el cual así por su fortaleza como por entrar aquel día herido de tres heridas en la cabeza que tres días antes le habían dado en Barleta departiendo un ruido que entre los soldados hubo, donde si no se hallara murieran más de mil soldados, es

³⁵ *Ibidem*, p. 120-21.

³⁶ En el facsímil de la edición impresa en Alcalá de Henares por Hernán Ramírez en 1584 se lee claramente «mil y quinientos y tres.» EXTRAMUROS EDICIÓN: *Chronica del Gran Capitán Gonçalo Hernandez de Cordova y Aguilar*, Sevilla, 2006, p. 77. Es interesante notar que la *Crónica Manuscrita* yerra también en la fecha: «Fue este desafío a trece días de Hebrero [sic] de quinientos y tres años». RODRÍGUEZ VILLA, editor: *op. cit.*, p. 335. Esta es la fecha del también famoso «Desafío de Barleta» entre trece caballeros italianos y otros tantos franceses.

³⁷ *Ibidem*, p. 121.

razón le nombre la crónica primero; el segundo Diego de Vera, capitán del artillería, varón de muy gran virtud, y el tercero fue otro muy buen soldado que llamaban Jorge Díaz Aragonés, y el cuarto fue Martín de Tuesta, aquel buen capitán que al tiempo de las treguas entre franceses y españoles había quedado en la Tripalda; el quinto se llamaba Moreno, de quien ya la crónica ha hecho mención que estaba en Oira antes que viniese en poder del Visorrey de Nápoles, según dicho es; el sexto se llamaba Oliván; el séptimo se llamaba Segura; el octavo se llamaba Arévalo; el noveno, Aguilera; el penúltimo, Pivar; el último, Oñate; todos varones de mucho ánimo, en quien con razón se cometió la honra de España como en aquel desafío se altercaba³⁸.

De este relato surgen varias interrogantes. Primeramente, podría pensarse que el duelo mencionado por Paredes en su opúsculo no sea el mismo que cuenta la crónica. ¿Por qué? Por un lado Paredes nos dice que el duelo ocurrió entre «doce por doce», es decir, doce caballeros en cada bando. La *Crónica del Gran Capitán* en cambio apunta que «Fueron de la parte de España once caballeros, soldados muy escogidos.» En segundo lugar, con excepción de Paredes, los nombres de los caballeros españoles son completamente distintos en los dos relatos. Por su parte, la *Crónica Manuscrita* nos da aún otra lista, pero también de once caballeros:

El Gran Capitán nombró los once que habían de pelear, y fueron los siguientes: Diego de Vera, capitán de la artillería; Diego García de Paredes, coronel de infantería; el tercero fue Gonzalo de Aller; el cuarto fue Marín de Tuesta, que después fue mayordomo del Gran Capitán; el quinto, Segura; el sexto y séptimo fueron dos hermanos llamados Morenos; el octavo fue Ali-Vera; el nono Gonzalo de Aller; el deceno fue Jorge Díez, portugués natural de Santáren; el oncenno fue Oñate Piñán³⁹.

Como vemos esta lista repite algunos nombres que aparecen en la primera pero sustituye otros y hay casos de identidad dudosa. ¿Cómo resolver estas discrepancias? Puede ser que realmente se trate aquí de duelos diferentes; pero esto no nos parece probable ya que este tipo de duelo no era muy común. Es por eso que las crónicas lo recogen con tanto cuidado. Más probable sería que al escribir o dictar su obrita autobiográfica la memoria de Paredes, que ya contaba sus sesenta y seis años, le fallaba y puso en

³⁸ *Ibidem*, p. 121.

³⁹ *Ibidem*, p. 121.

su lista aquellos compañeros de armas españoles con quien más amistad y experiencias había compartido. Es también más probable que el número de combatientes haya sido once por bando, como cuentan las dos crónicas, ya que con un número impar se esperaba evitar la posibilidad de un empate. Así vemos como también otro ejemplo famoso de combate de grupo, el llamado «Desafío de Barleta», ocurrió entre *trece* caballeros italianos y *trece* franceses⁴⁰. A pesar de esta precaución, como veremos más adelante, un empate fue lo que precisamente ocurrió en este combate. La tabla siguiente recoge los nombres de los combatientes españoles y franceses según aparecen en las fuentes.

El Combate de los Once			
Españoles			Franceses
Paredes (Doce por Bando)	Crónica General (Once por Bando)	Crónica Manuscrita (Once por Bando)	Jean de Auton (Once por Bando)
Villalba	Diego García de Paredes	Diego de Vera	Fraçois d'Urfé
Andana	Diego de Vera	Diego García de Paredes	Pierre de Bayard
Pizarro	Jorge Díaz Aragonés	Gonzalo de Aller	Pierre de Pocquière
Santa Cruz	Martín de Tuesta	Martín de Tuesta	Hector de la Rivière
Juan de Haro	Moreno	Segura	Pierre Guiffroy
Juan de Gomado	Oliván	Morenos	Noel du Fahis
Alvarado	Segura	Morenos	Louis de Saint-Bonnet
Un capitán desconocido	Arévalo	Ali-Vera (Aguilera?)	René de la Chesnaye
Un capitán desconocido	Aguilera	Gonzalo de Aller (se repite)	Clermont
Italiano	Pivar	Jorge Díez	Mondragon
Italiano	Oñate	Oñate Piñan (Oñate/Pivar?)	Bouvant
Diego García de Paredes			

La *Crónica Manuscrita* provee otros detalles sobre los preparativos para el duelo. Así nos dice cómo las pautas concertadas o «el partido» obligaban a que «...el vencido pagase cien ducados y las armas y el caballo al vencedor»⁴¹. También esta crónica nos ofrece detalles interesantes sobre la participación de Paredes en este duelo y su relación con el Gran Capitán.

⁴⁰ La *Crónica de Gran Capitán*, la *Crónica Manuscrita*, y la *Vida del Gran Capitán* de Jovio recogen también el llamado «Desafío de Barleta». Véase RODRÍGUEZ VILLA, editor: *op. cit.*, pp. 144-147, 345-347 y 342-344 respectivamente.

⁴¹ *Crónica Manuscrita*, en RODRÍGUEZ VILLA, editor: *op. cit.*, p. 334.

Diego García de Paredes estaba en la cama, que despartiendo un ruido de españoles que peleaban unos contra otros le habían dado un picazo en un muslo que le había hecho una muy mala herida. El Gran Capitán lo fue a ver y le dijo que se aparejase para ser uno de los once que se habían de combatir con los franceses. Él dijo que ya Su Señoría vía como su cuerpo no obedecía a su voluntad. El Gran Capitán le replicó que así como estaba había de ser uno dellos. Oyendo esto Diego García saltó de la cama y comenzó a pedir sus armas. Todos estos once españoles eran casi de una edad, de cuarenta años poco más o menos. El que más edad había era Diego de Vera. Todos eran altos y de buenos cuerpos, sino eran los dos Morenos hermanos⁴².

Según este relato Diego García de Paredes se hallaba en cama recuperándose de una herida. A pesar de eso el Gran Capitán lo visita para decirle que se prepare a combatir contra los franceses. Las protestas de Paredes no cambian la decisión de Gonzalo de Córdoba y así Paredes se levanta y pide sus armas. También nos dice esta crónica que «Fue Diego de Vera por capitán de los once». Diego de Vera era también el de más edad entre un grupo de paladines ya veteranos y por su edad y dignidad fue nombrado su capitán. Posiblemente el Gran Capitán pensó que de todos los campeones escogidos Diego de Vera era el mejor capacitado para servir como líder del grupo –posiblemente más por su equilibrio emocional y dotes de liderazgo que por su habilidad como combatiente individual–. ¿Qué más podemos deducir de este relato? Por un lado el Gran Capitán reconoce el valor y la destreza en el combate de Paredes y decide escogerlo como uno de los once campeones de España. De hecho, el Gran capitán lo *obliga* a combatir, a pesar de estar recuperando de heridas serias, con plena confianza en su valor y destreza, haciendo caso omiso de sus protestas. Como nos dice la tradición Paredes era considerado el *soldado* por excelencia. ¿Por qué? Según las dos crónicas, Paredes fue herido al intervenir en una pelea entre grupos de soldados españoles. ¿Sería que el Gran Capitán no tenía paciencia para estas cosas? ¿Sería que el Gran Capitán estaba ya cansado de las peleas y duelos de Paredes y ahora lo llamaba para luchar por una causa más importante? No podemos contestar estas preguntas con certeza pero este asunto nos sirve para considerar más profundamente la complicada relación personal entre el Gran Capitán y Paredes. Una vez fueron seleccionados los campeones de España, el Gran Capitán les exhortó con su acostumbrada elocuencia y sinceridad.

⁴² *Ibidem*, p. 334.

A los cuales [campeones] dijo el Gran Capitán se acordasen que los había escogido en todo su campo por más valientes y que en sus brazos ponía toda la honra de la nación de España y de Italia, y que mirasen en aquella batalla estaba el suceso de la victoria de adelante, y que el que no fuese vencedor que en fuerte hora lo había parido su madre, y que se acordasen de la honra que gana el que vence a su enemigo, o la grande afrenta del vencido, y que el que aquí fuese vencido quedaba su cuerpo y honra muertos para siempre jamás y los que dél descendían. Allí les dijo tres palabras que bastaron de hacer de ciervos leones; abrazólos y besólos en el rostro, y les dijo que los encomendaba a Dios y a su bendita Madre⁴³.

Entre otras cosas esta arenga del Gran Capitán demuestra la importancia que él y todos los capitanes y caballeros de la época le concedían a este tipo de hecho de armas. Es por eso que algunos estudiosos describen las justas y desafíos como un tipo «ideal» de guerra en donde solo pueden participar los nobles y en donde rigen a plenitud las leyes de la caballería⁴⁴. Las palabras, a la par alentadoras como terribles del Gran Capitán, y más aún sus gestos tan solemnes como íntimos —«abrazólos y besólos en el rostro»— demuestran que aquí se trata nada menos que de salvaguardar la honra personal de cada uno de los campeones españoles y de la honra colectiva de las armas españolas y aun por extensión, las italianas. Es curioso que, como se puede deducir de las crónicas, el Gran Capitán no presencié el combate sino que permaneció en su cuartel general de Barleta en espera del resultado⁴⁵. No sabemos por qué Gonzalo tomó esta decisión. Tal vez le sería muy difícil a quien en su juventud fue aclamado por todos como «príncipe de los caballeros» y tenía fama de ser el mejor justador en la corte de los jóvenes Fernando e Isabel el presenciar un combate tan significativo cuando ya ni su edad ni su dignidad de capitán general le permitían tomar parte en él. Si bien Gonzalo todavía era capaz de encabezar a sus tropas a la hora de una batalla campal—como lo hizo en la Ceriñola y el Garellano—a los cincuenta años ya no sería capaz de enfrentar a los mejores campeones que estaban

⁴³ *Ibidem*, p. 335.

⁴⁴ «...el torneo era la realidad llevada a su perfección, la guerra así como debería ser, de acuerdo a la retórica aristocrática sobre la guerra. Así [la guerra] se liberaba de la tiranía de la logística, de la tecnología defensiva, o de las complejidades de la política; en el torneo, el combate se ajustaba para acomodarse a los dictados de la cultura caballeresca. El torneo era el combate correcto para la clase de gente correcta». LYNN, John: *Battle: A History of Combat and Culture*. Cambridge, Massachusetts, Westview, 2003, p. 6. Traducido del inglés por el autor.

⁴⁵ Tanto la *Crónica del Gran Capitán* como la *Crónica Manuscrita* describen cómo llegaron las noticias del resultado del combate al Gran Capitán; esto indica que él no estuvo presente durante el combate.

en plenitud de su juventud. Por otra parte, conociendo la piedad religiosa del Gran Capitán, y su militancia como comandante en la orden de Santiago, es posible que dedicara este tiempo a la oración y a la penitencia, orando por sus caballeros en privado⁴⁶.

Luego siguen las descripciones del combate. Así la *Crónica del Gran Capitán* nos dice que:

Puestos juntos españoles y franceses en el lugar señalado del combate, los jueces que para aquel hecho habían sido nombrados metieron en el campo los combatientes, y poniéndolos a cada una de las partes en su lugar, apartáronse a fuera y partiéndoles el sol vinieron unos contra los otros con mucha fortaleza. Pararon sus golpes de tal manera que del primer encuentro cayeron a tierra dos franceses y dos españoles; dejando las hachas metieron mano a las espadas, y de ahí cada uno se aprovechaba de las otras armas según les parecía que las había menester⁴⁷.

Una vez los jueces separan a los hombres de armas de cada bando y se da la señal, el duelo comienza con el encontronazo inicial a caballo, lanza en ristre. Luego nos dice esta crónica que los combatientes dejan a un lado las hachas y echan mano a las espadas o a cualquier otra arma preferida. Más adelante la misma crónica menciona que los franceses que han sido descabalgados toman «siete lanzas de las que estaban en el suelo» para defenderse. La *Crónica Manuscrita* es aún más explícita:

Cuando los franceses salieron al campo ya los españoles les estaban esperando. Llegados los franceses, los jueces les partieron el sol y tocaron una trompeta, al sonido de la cual arremetieron los unos contra los otros, que los que lo vían no tenían en mucho la mentira de Amadís y Esplandián. Encontráronse con tal furia y con ánimos tan obstinados, que jamás se vió ni con mayores fuerzas ni ánimos. Cayeron muchos dellos de los encuentros de las lanzas y murieron muchos caballos dellos. Del primer encuentro cayeron cuatro franceses y un español, que se llamaba Gonzalo de Aller, que era uno de los mejores hombres de armas de entrambos ejércitos.

⁴⁶ Nos dice Hernán Pérez del Pulgar en su *Breve parte de las hazañas* que: «Era tanta la limpieza de su persona y bevir, que malos [sic] eran los días que no oía misa en la iglesia, y quando en el campo, no salía de su tienda o estanza hasta averla oydo sin que se lo estorvasse ninguna nueva de placer ni peligro que le sobreviniessse. Solía decir en la guerra: ‘Recemos para que bien peleemos’». PULGAR: *Breve parte...* en RODRÍGUEZ VILLA, *op. cit.*, p. 586.

⁴⁷ *Crónica del Gran Capitán*, en RODRÍGUEZ VILLA, editor: *op. cit.*, p. 121.

Para el cronista la realidad de este combate es más impresionante que cualquier fantasía de los libros de caballerías. Es interesante notar cómo en el primer encuentro mueren muchos caballos. En una justa «de paz» generalmente se respetaba el caballo del contrario; esto no ocurre en una «justa de guerra». En esta última, lo que se busca es la victoria a toda costa y, al igual que en la guerra, si se hiere el caballo se desmonta al caballero. De hecho, la descripción del combate sigue muy bien los consejos que provee Juan Quijada de Reayo en su *Doctrina del arte de la caballería*⁴⁸. No sabemos si el caballero francés a quién derribó Paredes murió durante el combate, o posteriormente de sus heridas; pero, como veremos más adelante, su muerte serviría de motivo para otro desafío y duelo para Paredes.

Tornaron otra vez a se encontrar, y desta vez cayó el caballo de Diego García de Paredes, y de los franceses cayeron los siete; y los cuatro, visto que sus compañeros estaban a pie, se apearon y jarretaron los caballos, y de los muertos y jarretados hicieron un palenque y allí se amparaban de los españoles, y allí dentro metieron consigo a Gonzalo de Aller, sobre el cual cuatro hombres de armas cargaron, cuando de los primeros cayó el caballo sobre él. De los franceses fue un caballero rendido, uno por un español solo, y todo el tiempo que duró aquel trance estuvo este preso, cuanto Gonzalo de Aller dentro de aquel parque⁴⁹.

Luego del segundo encuentro, los franceses, la mayoría de los cuales habían sido descabalgados, deciden atrincherarse tras de los cuerpos de sus caballos. Allí meten también a Gonzalo de Aller quien fue tomado prisionero.

⁴⁸ En su *Doctrina del arte de la caballería* (1548) Juan Quijada de Reayo recomienda que: «...partiendo con galope, hechando tu lança en el ristre, házle el encuentro a la barriga.[¿del caballo?] y rompida la lança hecharás mano al estoque, que ha de estar colgado en el arzón delantero, a la mano hizquierda, puesto de manera que, aunque heches mano, no se te salga la vayna tras él. Y peleando con ellos, golpes a la vista y a las escotaduras, que es la barriga y los sobacos, de que le auyas perdido o quebrado. Echarás mano al espada de armas, la qual llevarás ceñida al lado yzquierdo, y peleando desque la ayas perdido o quebrado, hecharás mano al martillo, que ha de yr asidode la çinta con su presa al lado derecho. Hechando el braço hazia baxo, toparás con él, y alçando para arriba soltará la presa, y allándote con él en la mano, harás lo que podrás hasta que le pierdas. Y después de perdido, boverás la mano atrás y tomarás la daga de las espalda, y aferrarás con tu enemigo con todas estas armas que has de pelear, los golpes y el encuentro a las escotaduras, que es la barriga y los sobacos, y a la vista, con el estoque o espada y con el martillo a las manos, porque atormentando la cabeça y las manos luego te será rendido. Algunos tienen opinión que es bien matar el cavallo a su contrario. Todo me parece bien en disfavor de tu contrario. Si en tal te vieres, harás como mejor te parescerá, porque el contrario a pie y tú a cavallo, en gran señorío le tienes». FALLOWS, Noel: *Un texto inédito sobre la caballería del Renacimiento español: Doctrina del arte de la caballería de Juan Quijada de Reayo*. Londres: Liverpool University Press, 1996, p. 55.

⁴⁹ *Crónica Manuscrita*, en RODRÍGUEZ VILLA, editor: *op. cit.*, p. 335.

Andando pues, en la mayor priesa del pelear, todos los caballeros franceses vinieron al suelo, si no fueron tres de ellos, que fueron Pedro de Bayarte y otros dos. De los españoles asimismo quedaron a pie otros tres, que fue Jorge Díaz y Diego de Vera y Oliván; todos los demás perdieron los caballos, aunque a esta sazón así las hachas como las espadas y estoques y lanzas, todas las demás estaban por el suelo hechas pedazos, y así no tenían armas con qué poder pelear. Los franceses los más de ellos o todos estaban en el suelo no se pudiendo defender de los españoles que quedaron a caballo, que eran seis. Convínoles retraerse a un lugar, adonde en un mismo círculo y compás estaban cuatro caballos muertos, y así tomando siete lanzas de las que estaban en el suelo no se pudiendo defender de los españoles que quedaron a caballo, que eran seis⁵⁰.

La *Crónica del Gran Capitán* destaca también la actuación de Paredes, quien fue el más que se empeñó en luchar por la victoria.

Pero Diego García de Paredes, que había la victoria en las manos, como vido que aquellos franceses se defendían en aquel lugar y que los compañeros no los entraba, comenzó a decir en alta voz, pues que a victoria habían alcanzado, o a lo menos la mayor parte de ella, procurasen dar el fin que en aquel combate deseaban, diciéndoles que por estar él tan atormentado de las heridas que en la cabeza tenía, no se apeaba de su caballo, pero que bien vían que si no era a pie no se podía de otra manera entrar aquellos franceses que estaban reparados con los caballos. Y así Diego García de Paredes, con muy grande enojo que de ver cómo tanto tiempo les duraban aquellos vencidos franceses en campo, y por dar ánimo a los compañeros, arremetió con su caballo muy denodadamente contra ellos, y peleó sólo con aquellos siete franceses un buen rato; pero al fin, como por razón de los caballos que estaban en el campo muertos no pudiese revolver el suyo a su placer, ni aprovecharse de los enemigos a su voluntad, hubo de retirarse afuera muy cargada su persona de muy pesados golpes y el caballo muy lleno de heridas que apenas se podía tener⁵¹.

La crónica de Jean de Auton nos presenta un cuadro similar aunque nos dice que los únicos franceses que permanecen a caballo durante todo el combate fueron el famoso Bayarte y François de Urfé. También según esta crónica el famoso Bayarte y su compañero de armas, François de Urfé, le

⁵⁰ *Crónica del Gran Capitán*, en RODRÍGUEZ VILLA, editor: *op. cit.*, pp. 121-22.

⁵¹ *Ibidem.*, p. 122.

arrebatan varias lanzas a los españoles y se las pasan a sus compañeros que han quedado a pie⁵².

A estas alturas ya comenzaba a caer la noche y tanto franceses como españoles intercambiaron palabras para ver si se podía llegar a un acuerdo aceptable para ambos campos con el cual concluir el feroz y ya indeciso combate. La crónica continúa:

Pero Diego García de Paredes, que muy recatado era en todos los puntos de honra, no quiso pasar por aquellas condiciones, diciendo que no satisfacía cosa alguna con lo que eran obligados, ni cumplían de aquella manera con su honra, por lo cual él se determinaba que lo que de aquel lugar lo había de sacar, había de ser la muerte de los unos o de los otros. Por estas palabras de Diego García de Paredes vino la cosa a tanta discordia entre los españoles que fue causa de no acabar del todo aquel hecho ni alcanzar cumplidamente la victoria, que sin ninguna duda hubieran, si todos ellos se concordaran en un mismo parecer. Y así con todo su daño y heridas de cabeza se apeó después de rompida su lanza, y habiéndose por desgracia caído la espada de la mano y perdida la maza, obstinadamente se valió de tirar piedras con las cuales por orden el espacio del campo estaba señalado, de que hizo mucho daño e impedimento a los enemigos⁵³.

Así tenemos que Diego García de Paredes no admite mediación ninguna. Él entiende que este duelo es cosa de vida o muerte y sin más entra a la fuerza en la trinchera de los franceses y allí pelea con ellos hasta que pierde su espada y su maza. La *Crónica Manuscrita* también resalta la manera enérgica y un tanto fantástica en que Diego García de Paredes continuó la lucha aún después de haber perdido la espada recurriendo, cómo un verdadero héroe homérico, a lanzar las pesadas piedras que marcaban los linderos del campo de combate contra sus enemigos.

Halláronse a mirar el desafío muchos caballeros y personas particulares, y contando uno dellos al Gran Capitán cómo después que Diego García perdió la espada hizo mucho daño con las piedras que allí dentro les tiraba, el Gran Capitán le dijo que no se espantase, que Diego García era en todo muy valeroso, más que en lo de las piedras se había ayudado de sus naturales armas. Tenía Diego García un humor de melancolía, y cuando aquel le acudía, muchas veces daba de puñadas al que más cerca de sí hallaba; y como

⁵² JACOB, editor: *op. cit.*, pp. 265-68.

⁵³ *Crónica del Gran Capitán*, en RODRÍGUEZ VILLA, editor: *op. cit.*, p. 122.

todos sabían lo de este humor, se apartaban dél, porque fuera deste humor era el hombre del mundo más manso, más cortés y bien criado de todos los del ejército y aún fuera dél. Dijo el Gran Capitán que se había ayudado de sus armas naturales, porque los melancólicos con su locura echan piedras. Todos rieron mucho del dicho, porque los locos echan piedras a la gente⁵⁴.

Es interesante notar que el Gran Capitán no se asombró cuando le contaron la hazaña que había hecho Diego García de Paredes al lanzar grandes piedras sobre los franceses. Para Gonzalo, que conocía a Paredes muy bien, esto no era más que el resultado natural de su naturaleza melancólica. Así nos dice que en este combate «se había ayudado de sus naturales armas». Parece ser que Diego García de Paredes sufría de episodios de furia causados por su «humor melancólico». Esta furia, unida a su enorme fortaleza física, le hacía capaz de actos de fuerza y valor casi inverosímiles en los innumerables combates que libró en su vida.

La *Crónica Manuscrita* es la que provee más detalles sobre el resultado del combate y la reacción del Gran Capitán; nos dice que:

Puesto el sol, los jueces dieron por sentencia que ninguno dellos quedaba por vencido y que a los españoles daban por muy esforzados y valerosos, y a los franceses por hombres de gran constancia, y que Gonzalo de Aller fuese trocado por el otro francés rendido, y que a todos daban por buenos. Los españoles se apartaron muy afrontados, aunque cierto pareció que el proveedor veneciano tuvo en aquello afición a los franceses, pues en todo llevaron la mejoría los españoles, pues fueron cercadores y los franceses los cercados; todos rompieron sus lanzas, y de los franceses quedaron muchas sanas; los españoles los ofendedores, los franceses siempre trabajaron en se defender⁵⁵.

Así vemos como el duelo terminó en forma indecisa; en fin, en un empate. El cronista opina que el triunfo debió haber sido adjudicado a los españoles, puesto que estos forzaron a los franceses a luchar defensivamente durante casi todo el combate. Esta opinión, si es fiel a la realidad de lo que pasó en el combate, tiene mérito a pesar de que el cronista –como español al fin– favorecería a los de su nación. Los jueces, en cambio, encabezados por el gobernador veneciano, deciden declarar un empate. Teniendo en cuenta la incierta situación política en el Reino de Nápoles, esta sería una decisión

⁵⁴ *Crónica del Gran Capitán*, pp. 122-123.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 336

astuta desde el punto de vista del gobernador veneciano, ya que él no podría saber en qué pararía la cosa entre españoles y franceses en Nápoles y tampoco podría anticipar las futuras decisiones políticas del senado veneciano. De manera que el arduo combate resulta en la declaración de que «a los españoles daban por muy esforzados y valerosos, y a los franceses por hombres de gran constancia». Muy interesante también va a ser la reacción del Gran Capitán al recibir las nuevas del resultado del combate. Continúa la crónica:

Cuando el Gran Capitán vio que era tiempo de la venida de los españoles, salió con su campo a los recibir, pensando que venían con la victoria; más cuando supo que a todos los habían dado por buenos y que no traían la victoria fue muy turbado en gran manera, porque tuvo por muy cierto que habían de venir vencedores; volvióse muy enojado a Barleta, sin querer aquella noche hablar a ninguno. Los once españoles llegaron a Barleta ya gran rato de la noche y se fueron a sus posadas para dar cuenta otro día de su jornada. Estaban tan desesperados que no osaban parecer ante el Gran Capitán, aunque todos habían hecho su deber. Pues acabado con el Gran Capitán, a ruego del Próspero y de Hernando de Alarcón, que se halló a ver el desafío y de otros algunos señores caballeros, les oyese, pues venidos ante el Gran Capitán no les quiso oír disculpa alguna. Diego García le dijo: «Vuesa señoría no tiene por qué tener enojo de nosotros, porque todos hicimos nuestro poder y deber, y lo mesmo, hicieron los franceses. Si la fortuna no quiso, o Dios, por quien todas las cosas se gobiernan, nosotros no pudimos ser vencidos, pues hicimos todo cuanto debíamos. Sí, que cosa es muy sabida entre hombres de guerra así antiguos como de nuestro tiempo, el soldado que haciendo todo lo que es obligado, aunque cayendo a los pies de su enemigo, no por ende es vencido. Aquel me parece a mí que es vencido y merece muy gran pena que deja de hacer algo de lo que es obligado. Yo pienso que, acatado lo que en este trance pasó, que los jueces nos debieran dar la honra de la batalla, considerando bien el trance della. El Gran Capitán le respondió que para él ninguna satisfacción ni disculpa bastaba, y más yendo él allí⁵⁶.

El Gran Capitán, cuya fama de hombre ecuánime y magnánimo era ya legendaria, casi nunca se enojaba de este modo⁵⁷. Da la impresión pues,

⁵⁶ *Crónica Manuscrita*, en RODRÍGUEZ VILLA, editor: *op. cit.*, p. 336.

⁵⁷ «Era mudable en el rencor, en el qual duraba tan poco el odio que tenía con aquel que le tomava, que a segunda vez que le veía le hablaba benignamente. Decía él que los permanentes en la ira pierden la vida esperando día de venganza y que más padecen ellos que fatiga daban a sus émulos, 'con los quales tomarse debía (decía él) vía de fe y no de porfía». PÉREZ del PULGAR, Hernán: *Breve Parte de las Hazañas*, en RODRÍGUEZ VILLA: *op. cit.*, p. 586.



Hombres de Armas combaten con hachas

El hacha de guerra conocida en francés como *hache* y en inglés como *poleaxe* era una de las armas preferidas por los hombres de armas para el combate a pie. La combinación de hacha o martillo con una punta de lanza y un pico encorvado llamado "pico de cuervo" o "pico de falcón" hacían de esta arma una tan versátil como mortífera en manos de un hombre de armas diestro.

El Emperador Maximiliano de Habsburgo, Viena, Kunsthistorisches Museum, Freydal, p. 67.

ANGLO, Sydney: *The Martial Arts of Renaissance Europe*, p. 298.

tanto por sus palabras antes del duelo como por su reacción después de él, que para el Gran Capitán, al igual que para muchos caballeros de su época, estos duelos formales eran materia en extremo grave y no meramente concursos de valor y destreza marcial. Es importante señalar que en su juventud Gonzalo de Córdoba fue conocido por todos como el «príncipe de los caballeros» y siempre se distinguió tanto por su valor en el combate como por su cortesía para con todos⁵⁸. El hecho de que Gonzalo rehusó audiencia a sus caballeros parece indicar la tremenda decepción que sufrió al saber que sus mejores hombres no regresaban con un claro triunfo. Vemos también cómo es Diego García de Paredes quien aboga en defensa propia y de sus compañeros ante el Gran Capitán. No es deshonra, le recuerda Paredes, siempre y cuando «el soldado que haciendo todo lo que es obligado, aunque cayendo a los pies de su enemigo, no por ende es vencido». Sin embargo ni estas razones le bastan al Gran Capitán en este trance; para él, y más aún, para España el único resultado aceptable era una victoria clara. Para el lector contemporáneo, este duelo colectivo, su motivación, los preparativos, la

⁵⁸ «En las fiestas, justas, torneos y juegos de cañas que en la Corte se hacían, y en cualquiera otro auto de caballería, siempre precedió a todos los de su tiempo». *Crónica Manuscrita*, en RODRÍGUEZ VILLA: *op. cit.*, p. 260

forma en la que se llevó a cabo, y las reacciones posteriores sirven como un espejo que refleja el universo de ideas y el contexto cultural en que vivían los caballeros e hidalgos alrededor del mil quinientos, la «morada vital» por decirlo así de su existencia⁵⁹.

Otro duelo y uno no que no lo fue

Como cuenta Paredes, la victoria alcanzada en este duelo no significó el fin de sus dificultades.

Desgraciadamente, de un duelo suele nacer otro cuando los familiares y amigos de la parte vencida sienten el deseo o la obligación de tomar venganza. Así pues, Diego García de Paredes, hablando de sus recientes desafíos, nos dice que: «Por estas cuatro cosas que me acaecieron casi juntas me vinieron muchos reveses, así de amigos como de enemigos, porque en espacio de otros dos meses combatí otras dos veces y quiso Dios darme victoria por la razón que tenía»⁶⁰. Como hemos visto anteriormente la *Crónica Manuscrita* nos dice que en el primer encontronazo con lanzas Paredes mató a su contrario francés en el combate de los once. Parece ser que en otro encuentro anterior o posterior Paredes mató también a un hermano de este. Para vengar a sus dos hermanos, otro hermano de estos desafortunados caballeros franceses reta a Paredes a un combate a muerte. Nos dice Paredes que:

Sobre este combate se revolvió un capitán francés conmigo porque le maté dos hermanos suyos en el campo, y combatimos en medio de los dos campos armados de hombres de armas con unas porras de hierro que yo saqué. En viendo el francés la pesadumbre de ellas, echó la suya en el campo no pudiéndola bien mandar y echó mano a un estoque y vino a mí, pensando que tampoco pudiera mandar la porra. Dióme una estocada por entre la escarcela e hirióme, y yo le di luego con la porra sobre el almete y se le hundí en la cabeza, de que cayó muerto⁶¹.

A diferencia del duelo de Paredes con el Capitán Palomino, para este duelo los contrarios salieron a pelear «armados de hombres de armas»,

⁵⁹ La expresión la tomamos de Américo Castro, quien la usa para nombrar el contexto histórico, social, y cultural en el cual un grupo humano desarrolla su vivencia. Véase CASTRO, Américo: *La Realidad histórica de España*, 8^{va} edición renovada. México, Editorial Porrúa, 1982.

⁶⁰ *Crónica Manuscrita*, en RODRÍGUEZ VILLA: *op. cit.*, p. 257.

⁶¹ *Ibidem*, p. 257.

esto es, vestidos de armadura completa. Esta protección significaba que el combate probablemente duraría más tiempo ya que sería más difícil herir seriamente al contrario. Paredes, el caballero retado, tenía el derecho de decidir que armas se iban a usar, al menos inicialmente. Así vemos cómo trajo a la lid un par de «porras de hierro»; una para él mismo, y otra para el capitán francés. Es difícil determinar con exactitud qué tipo de armas serían estas «porras». Hay por lo menos tres posibilidades: 1) una maza con cabeza redonda y púas de acero o con cabeza alargada con varios filos cortantes; 2) un martillo de guerra con el frente chato o con varias puntas y una punta aguda hacia atrás; 3) un hacha de guerra con mango largo estilo francés o borgoñón conocida en francés como *hache* y en inglés como *poleaxe*. Todas estas armas fueron diseñadas para tratar de herir a un enemigo protegido de armadura a base de contusiones o de penetrar las coyunturas de la armadura con las partes punzantes. Todas eran armas efectivas y podían producir heridas mortales. Nos inclinamos a pensar que Paredes trajo un par de *haches* o *poleaxes* al campo por dos razones. Primeramente, las armas eran muy pesadas al punto que el francés prefirió dejar la suya a un lado y empuñar un estoque. En segundo lugar, Paredes nos dice que de un golpe le hundió el almete en la cabeza al francés. Aun para un hombre con la fuerza de Paredes sería difícil romper o hundir un almete de acero con un simple mazo o martillo de guerra. Sin embargo, esto es mucho más verosímil cuando se trata de una *hache* o *poleaxe*. La longitud del mango permite que la fuerza de gravedad actúe con mucha más fuerza cuando el arma se descarga sobre la cabeza de alguien, aun sobre la de un hombre protegido por un almete. Así, con un golpe fulminante, Paredes mata a su contrario, el tercer hermano de una familia caballeresca francesa que cae por su mano.

Diego de García de Paredes cuenta que al llegar a España algunas malas lenguas murmuraban en contra del Gran Capitán en presencia del rey. Parece ser que Paredes mezcla aquí el famoso episodio de «las cuentas del Gran Capitán», que ocurrió cuando Fernando el Católico visitó el Reino de Nápoles, con las murmuraciones envidiosas de algunos cortesanos en España. De cualquier modo nos dice que:

De allí fui a España con el Gran Capitán, que yva a dar cuenta, y alcanzó al Rey en cien mil ducados. Estando un día en la sala del Rey muchos cavalleros del Rey, entre ellos uvo dos que dixeron quel Gran Capitán no daría buena cuenta de sí, yo respondí alto que lo oyó el Rey, que qualquiera que dixesse que el Gran Capitán no era el mejor criado suyo y mejores obras que se tomasse un guante que yo

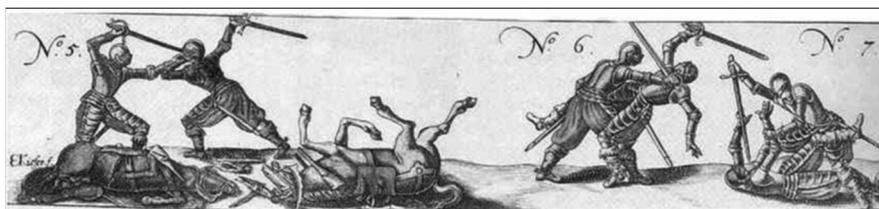
puse en una mesa: el Rey me lo bolvió, que no lo tomó nadie y me dixo que era verdad todo lo que yo dezía y desde allí el Gran Capitán estuvo bien conmigo, que hasta allí no podía verme, pues serví al Próspero⁶².

Este incidente muestra cómo, a pesar lo ocurrido en el «combate de los once», Diego de Paredes defiende al Gran Capitán y está dispuesto a defender su honor en todo momento aun cuando este no esté presente. Es interesante notar cómo, a pesar de las diferencias de opinión y la envidia que le tenía el Rey Católico a Gonzalo de Córdoba, es el mismo rey quien devuelve el guante a Paredes; el guante que nadie osó recoger para aceptar un desafío. De esta forma Fernando el Católico, en un gesto pleno de simbolismo caballeresco, acepta públicamente las palabras de Paredes sobre la lealtad intachable del Gran Capitán. No extraña entonces que en palabras de Paredes «Desde allí el Gran Capitán estuvo bien conmigo, que hasta allí no podía verme, pues serví al Próspero». Esta frase también ilumina un poco más la compleja relación de estos distinguidos caballeros. Parece ser que en algún momento Paredes había dejado de servir bajo Gonzalo y pasó al servicio directo de Próspero Colona y que esto no había sido del agrado del Gran Capitán.

Continúa Paredes su historia diciendo que al llegar a su tierra en traje de viajero común, entra en una taberna en donde es insultado repetidas veces por una partida de «rufianes, buldeleros, y putas»⁶³. La burla termina en un altercado sórdido e indigno en donde una de las mujeres muere atropellada en la hoguera de la taberna a donde es arrojada por Paredes. El resto del grupo escapa a duras penas con las caras y manos quemadas. Este feo incidente no se puede clasificar como un duelo ya que no es un altercado entre iguales; pero se puede considerar como otra manifestación más de la violencia social de aquellos tiempos y de la actitud casual sobre el valor de la vida humana, especialmente sobre la vida de aquellos a quienes se consideraba como gente inferior en la escala social. Desde nuestro punto de vista es interesante notar que Paredes incluye este dudoso incidente en una obra de propósito educativo y edificante. Parece que la lección que pretende comunicar a su hijo y al lector es: «No te dejes insultar por gente baja y vil».

⁶² GARCÍA de PAREDES: *Breve suma de la vida y hechos*, en RODRÍGUEZ VILLA: *op. cit.*, pp. 257-58.

⁶³ *Ibidem*, p. 258.



La fase final de un combate entre dos grupos de hombres de armas muestra a los caballos muertos y a los hombres de armas tratando de administrarle un golpe mortal a sus contrarios. La elegancia caballeresca que se desplegaba al principio de estos encuentros ha desaparecido con el choque de las lanzas. El combate continúa ahora con espadas y empujones entre la sangre y el polvo. Grabado del libro *Arte de la guerra a caballo* de Johann Jacobi Wallhausen publicado en Frankfurt en 1616. Aunque las armaduras son de un estilo posterior a las del tiempo de Paredes las prácticas de combate son en esencia las mismas.

ANGLO, Sydney: *The Martial Arts of Renaissance Europe*, New Haven, Connecticut, EE.UU., Yale University Press, 2000, p. 264.

Conclusión

¿Qué conclusiones podría derivar el lector moderno del estudio de los duelos de Diego García de Paredes? En primer lugar estos incidentes nos dan una idea de la variedad de situaciones que podían llevar al duelo. Impresiona el concepto tan amplio del honor en donde se consideran como dignos de muerte tanto los insultos reales como otras diferencias que parecen triviales o carecen de mucha importancia en nuestros días. Impresiona también el lugar tan importante del duelo –especialmente del duelo judicial– en la sociedad de la época. Vemos cómo los duelos pueden ser tanto individuales –de hombre a hombre– como colectivos entre dos grupos; y tanto informales cuando surgen de una situación espontánea, como formales. Estos últimos incluyen un sinnúmero de preparativos y prácticas que hacen del combate un verdadero ritual social y caballeresco. Es notable también cómo los combates formales de grupo –como lo fue el «combate de los once»– funcionan como formas estilizadas y muy controladas de la guerra; en efecto, eran como una forma «purificada» de la batalla campal, en donde sólo pueden participar los más valientes y renombrados caballeros, quienes luchaban por su honra personal, colectiva, y por decirlo así, «nacional»⁶⁴. En estos encuentros la forma tiene una importancia casi igual al contenido; es decir el *cómo* se lleva a cabo la lucha importa casi tanto como el resultado final. Así, el comportamiento de los combatientes debe seguir estrictamente las acostumbradas normas caballerescas y más específicamente las normas

⁶⁴ LYNN: *op. cit.*, p. 95.

y reglas establecidas para el combate que se está llevando a cabo. De no ser así el combatiente, aun en el triunfo, no podrá alcanzar el verdadero honor en la victoria. Finalmente, la narrativa de Paredes nos ofrece una ventana adicional al pensamiento militar-caballeresco de fines del siglo XV y principios del XVI y más específicamente al pensamiento de Paredes –el combatiente individual español más famoso de su tiempo– y de su relación personal y profesional con El Gran Capitán.

BIBLIOGRAFÍA

- ANGLO, Sydney: *The Martial Arts of Renaissance Europe*, New Haven, Connecticut, EE.UU., Yale University Press, 2000.
- Anónimo: *Crónica del Gran Capitán Gonçalo Hernández de Córdoba y Aguilar en la qual se contienen las dos conquistas del Reyno de Nápoles*: facsímil de la edición de Hernán Ramírez (1584), Sevilla, Extramuros Edición, 2006.
- BORNECQUE, Robert. «Bayard: un grand serviteur de la France et de ses rois». *Bulletin mensuel de l'Académie Delphinale*. Imprimerie du Néron, Grenoble, Francia, 1978, disponible en <http://www.aczivido.net/historia/francia/bornecque.php>.
- CASTRO, Américo. *La realidad histórica de España*. 8^{va} edición renovada México: Editorial Porrúa, 1982.
- JACOB, Paul, L. editor. *Chroniques de Jean D'Auton*. París: Silvestre, 1834.
- LYNN, John. *Battle: A History of Combat and Culture*. Cambridge, Massachusetts, Westview, 2003.
- RODRÍGUEZ VILLA, Antonio, editor: *Crónicas del Gran Capitán*. Bailly-Ballière, Madrid, 1908. Este volumen contiene el texto íntegro de las siguientes crónicas:
- Anónimo: *Crónica del Gran Capitán*. Zaragoza, Miguel Capila, 1554.
 - Anónimo: *Crónica Manuscrita*.
 - JOVIO, Pablo: *Vida de Gonzalo Hernández de Córdoba llamado por sobrenombre El Gran Capitán*. Traducida del latín al italiano por Ludovico Domenichi, Florencia, 1550; traducida al castellano por Pedro Blas Torrellas, Zaragoza, 1554.
 - PÉREZ del PULGAR, Hernán: *Breve parte de las hazañas del excelente nombrado Gran Capitán*. Sevilla, Jacobo Cromberger, 1527.
- RECTOR, Mark, editor y traductor: *Medieval Combat: A Fifteenth-Century Manual of Swordfighting and Close-Quarter Combat by Hans Talhoffer*, New York, Barnes and Noble, 2000.
- ROMAN, Joseph, editor. *La très joyeuse plaisante et récréative histoire composée par le loyal serviteur des faits, testes, triomphes et prouesses de bon chevalier sans paour et sans reproche, gentil Seigneur de Bayart composée par le Loyal Serviteur*. Paris, Societé de L'Histoire de France, 1878.
- SÁNCHEZ JIMÉNEZ, Antonio. *El Sansón de Extremadura: Diego García de Paredes en la literatura española del siglo XVI*. Newark, Delaware, EE.UU.: Juan de la Cuesta, 2006.